

Nueve poemas de Nikos Kavadías (1910-1974)

**Marco Aurelio Perales
Marios Ioannidis**

Nikos Kavadías, “Marabú”, como lo llamaron los círculos literarios después de la edición de su primera colección, homónima, que con escasos poemas publicó en 1933, ganó un sitio especial en el Parnaso neohelénico. Esto, no porque haya cambiado las formas establecidas e introducido muchos elementos novelescos en su poesía, sino porque de sus lejanos viajes trajo como regalo una materia poética valiosa, envuelta en exótica experiencia, profundamente humana, y más aun, profundamente griega.

Nos trajo la belleza de los viajes marinos, la impresión de los contactos con tierras lejanas, los aspectos costumbristas de la pequeña comunidad navegante —la marina mercante—, que transporta el carácter griego a horizontes lejanos, sobre las enormes superficies de los mares. Ahí se encuentra con las costumbres extranjeras, con los usos de otros pueblos marinos, formándose un mundo característico, viviendo con intensidad el peligro, la belleza cautivante y la superstición. Tantos años de historia marinera no habían encontrado una expresión poética, a excepción de lo realizado, en cierto modo, por Kostas Uranis. Por eso, la poesía de Nikos Kavadías llegó como una brisa salada a las piezas cerradas del lirismo poético griego, y su eco extraño y cautivante se impuso con su primera aparición.

Nikos Kavadías hizo profesión y vida el gran sueño de los poetas: la tristeza de la partida. Canta al amplio mar infinito, a la partida real, a los mágicos encuentros con los nombres exóticos; a los vicios y a las aventuras prohibidas. Porque esconde una predisposición hacia el vicio. Es, según Aristos Kambanis, “un recolector de flores del mal”, un pecador que nos confiesa sus

más increíbles e inmorales aventuras. Kavadías viajó permanentemente desde los 18 años de edad. Nació en Harbin, Manchuria, en 1910.

Los poemas traducidos han sido seleccionados de las tres colecciones de Nikos Kavadías: *Marabú*, *Pusi* y *Traverso*, y se ofrecen por primera vez en castellano. Agradecemos al señor Dimitrios Jatzópulos por su ayuda en la interpretación de algunos términos de la vida marinera.

Salónica

Érase aquella noche en que soplaban el Bardaris,
la proa, braza a braza, remontaba la ola.
Te mandó el capitán medir la profundidad de las aguas,
pero tú recuerdas a María y a Kalamariá.

Olvidaste aquella melodía que tarareaban los chilenos,
¡San Nicolás y Santa Marinera, ayuda!
Muchacha ciega te guía, hija de Modigliani,
amada por un aspirante y dos marineros de Marmará.

Agua, flota el FORE PEAK, agua también en las velas,
pero a ti un extraño mareo te mueve.
¿Con marca invisible te tatuó una española,
a la muchacha que baila sobre las cuerdas?

Arriba, en tu cama, duerme una serpiente perezosa,
y el mono da vueltas buscando en tus ropas.
Aparte de tu madre nadie se acuerda de ti
en este espantoso viaje de perdición.

El marinero echa las cartas; el fogonero los dados;
el culpable que no se arrepiente, resbala oblicuamente.
Recuerda aquella estrecha feria china
y a la muchacha que lloraba dentro del Rickshaw del culi.

Bajo las luces rojas duerme Salónica.
Hace diez años borracha me dijiste “te amo”.
Mañana, como entonces, y sin oro en la manga,
inútilmente buscarás el camino que lleva al Dépôt.

Cruz del Sur

Hervía la ola con el Garbis*
Estábamos los dos inclinados sobre el mapa,
giraste y me dijiste que en Marzo
en otros paralelos te encontrarías.

Garbis: viento del noroeste.

En tu pecho, tatuaje chino,
por más que lo quemes, no se borra.
Dijeron que la habías amado
en una crisis de fiebre negra.

Centinela junto a un cabo desierto,
la Cruz del Sur con las estrellas.
Tienes un kombolói de corales
y masticas café amargo entero.

La A de Centauro una noche
con la brújula y la regla, bajaste.
Me dijiste con voz de moribundo:
—Teme a las estrellas del Sur.

Antes, bajo el mismo cielo,
durante tres meses,
con la mulata del capitán,
curso nocturno de ruta, tomaste.

En un negocio de NOSSI BE
compraste el cuchillo, por dos chelines;
justo al mediodía, arriba, en la línea de Ecuador
relampagueó como centelleo del faro.

Abajo, en las riberas africanas
hace años que ahora duermes.
Los faros, no los recuerdas más,
como tampoco los ricos dulces del domingo.

Un aspirante en la cubierta en hora de peligro

En la bitácora escribimos: “Ciclón y tempestad”.
Enviamos el S.O.S. lejos, a otros barcos,
y yo mirando, pálido, al salvaje Índico,
dudo mucho si algún día llegaremos a Batavia.

No me apena para nada, —Nosotros los marineros
tenemos, dicen, el alma vendida al diablo.
Sólo pienso en una madre malhumorada y triste,
que hace años y años espera a su hijo.

Lo sé, nuestra posición es muy mala.
El mar llena de olas la cubierta.
Me entristezco, y pienso que no puedo decir
a nadie, algo que opresivamente me atormenta.

¡Dios mío! tengo solamente diecinueve años,
y a lugares lejanos muchas veces he ido.
¡Dios mío! tengo un alma inocente, infantil,
pero mucho me he equivocado y mucho he pecado.

Perdóname... Una vez que bebí mucho, en Argel,
y no entendía lo que hacía,
arrojé un cuchillo directo al pecho de alguien,
por una joven árabe, que bailaba desnuda.

Perdóname... Una noche confusa, en Santa Fe,
mientras me tomaba en sus brazos con pasión,
arranqué de sus medias un fajo de billetes
que ella juntaba todo el día con su trabajo obscuro.

Y aún Señor... me avergüenzo de sólo pensarlo
(pero eran tan rojos y húmedos sus hermosos labios
y por ahí sollozaba una guitarra española...)
me acosté con un joven judío, en Sevilla.

Señor... este cuerpo tan pecador
dentro de poco, en los fondos marinos, muerto caerá...
Pienso en esos cuatro galones dorados
y en un triste aspirante que nunca los lucirá.

Un cuchillo

Tengo siempre puesto en mi cinturón
un pequeño cuchillo africano de acero
—como aquellos que usan para jugar los árabes—
y que compré a un viejo comerciante de Argel.

Recuerdo, como si fuera hoy, al viejo anticuario,
que parecía una antigua oleografía de Goya,
de pie, junto a espadas largas y uniformes rotos,
para decir con voz ronca estas palabras:

“Este cuchillo que aquí quieres comprar
con historias raras la leyenda ha rodeado,
y todos saben que los que alguna vez lo tuvieron,
a algún familiar o amigo, han matado.

Don Basilio mató con él a doña Julia
su bella esposa, porque lo engañaba.
El Conde Antonio, una noche, a su desdichado hermano
ocultamente, con este cuchillo aquí, asesinaba.

Un negro por celos, a su joven amante
y un marinero italiano, a un griego contraestre.
De mano en mano, cayó también en mis manos.
Muchos han visto mis ojos, pero éste me da terror.

Agáchate y míralo, tiene grabados un ancla y un escudo,
es liviano; tómallo, no pesa ni un cuarto,
pero, te aconsejaría que compres otra cosa”.

¿Cuánto vale? —Sólo siete francos. Si lo quieres, tómallo.

n pequeño cuchillo tengo puesto en mi cinturón,
mi capricho me ha hecho hacerlo mío;
y como no odio a nadie en el mundo, para matarlo,
me temo que alguna vez lo gire contra mí mismo.

Tengo una pipa

Tengo una pipa holandesa de madera negra,
que está muy raramente esculpida.
Tiene la forma de cabeza de gorgona ornada:
un marinero danés a mí me la ha regalado.

Me dijo que una vez se la había vendido
un negro, traficante de drogas, en Alejandría,
y a este negro —dicen— se la había regalado
una mujer de amor, en un puerto lejano.

Muchas veces, en las horas nocturnas y oscuras,
encendiendo esta pipa, en algún rincón del barco fumo,
y el humo gris que exhala, de a poco me invade,
formando a mi alrededor un vacío gris y malva.

A veces, el humo toma la forma de una mujer alta,
otras, la de un puerto extranjero y muy lejano,
en cuyas calles frías y nocturnas,
veo caminar a un negro, sospechoso y borracho.

Otras veces suelo ver una galera rápida
con las velas desplegadas navegando hacia lo incierto,
y en su mástil, apoyado, un marinero,
fumando una pipa, como ésta que es tan mía.

Tengo una pipa de madera raramente esculpida.
Fumando veo mis más extravagantes sueños.
Pienso: “¿Será mágica?” Pero también me pregunto:
“¿No será, acaso, el fuerte tabaco inglés? ¿O tal vez mi neurastenia?”.

Un negro fogonero de Djibutí

Willy, el negro fogonero de Djibutí,
cuando terminaba su turno de noche,
a mi pieza llegaba, riendo, para encontrarme,
y durante horas me hablaba de cosas extrañas.

Me contaba cómo fuman en Argel el hachich
y en Adén cómo, bailando, toman el polvo blanco,
y después cómo gritan y cómo hablan solos,
cuando el mareo, con sueños extraños los envuelve.

Me contaba, también, lo que vio una noche que había tomado...
como que galopaba, a lomo del mar,
y tras él corrían gorgonas aladas.
—Cuando lleguemos a Adén, me decía, también tú probarás.

Yo le regalaba dulces y hojas de afeitar
y le decía cómo el hachich mata al hombre,
y entonces como de costumbre, riéndose a carcajadas,
con una sola mano muy alto me levantaba.

Su enorme cuerpo tenía un alma inocente.
Una noche en el bar Regina, de Marsella,
por protegerme a mí de un español,
recibió una botella vacía en la cabeza.

Un día, lo dejamos deshidratado por la fiebre,
allá en el Lejano Oriente, ardiendo y derritiéndose.
¡Oh Dios de los negros!, perdona al buen Willy
y provéele allá donde se encuentre, un poco de polvo blanco.

Las oraciones de los marineros

Los marineros japoneses, antes de dormir,
encuentran un rincón de la proa donde no van otros
y por mucho tiempo oran silenciosos, arrodillados
frente a un Buda amarillo que tiene la cabeza inclinada.

Vistiendo camisones largos hasta los pies,
masticando arroz los chinos, chicos pálido-amarillos,
pronuncian con voz aguda las oraciones
observando una pagoda de cobre que humea.

Los culies con su aspecto tonto y pesado
están agachados, y abrazan sus rodillas, mirando siempre hacia abajo.

Los árabes mecen rítmicamente el cuerpo,
murmurando maldiciones contra la muerte.

Los europeos con sus manos abiertas,
en éxtasis, rezan llenos de súplicas
y cantan en voz baja, salmos católicos,
que aprendieron cuando eran chicos e iban a la iglesia.

Y los griegos, con el aspecto atormentado,
por costumbre hacen, antes de acostarse, el signo de la cruz
y empezando con voz baja “Padre nuestro...”
santiguan, también, su larga y sucia almohada.

Mal du depart

Permaneceré siempre como amante ideal, indigno,
de los largos viajes y de los mares azules,
y moriré una noche, como todas las noches,
sin romper la turbia línea del horizonte.

Hacia Madrás, Singapur, Argel y Sfax
partirán como siempre las orgullosas naves,
y yo, inclinado en un escritorio con mapas náuticos,
haré sumas en gruesos libros de contabilidad.

Dejaré de hablar de los lejanos viajes;
los amigos creerán que ya los he olvidado,
y mi madre, contenta, dirá a quien pregunte:
“Era una locura de juventud, pero ya pasó...”.

Pero mi conciencia, una noche se eregirá frente a mí,
y como un sobrio juez, me pedirá razones,
entonces, mi mano indigna, temblorosa, se armará,
apuntará, y, sin temor al culpable, golpeará.

Y yo, que tanto deseé un día ser enterrado
en algún mar profundo, en las lejanas Indias,
tendré una muerte común y muy triste
y un entierro como todos los entierros.

Comparaciones

Tres cosas en este mundo he visto que se parecen mucho:
las blancas pero lúgubres escuelas del Occidente,
las sucias y oscuras proas de los cargueros,
y las casas de las mujeres comunes y perdidas.

Las tres tienen un extraño parentesco
a pesar de la enorme diferencia de fondo,
pero, se parecen mucho, porque les hace falta
el movimiento, la comodidad del espacio, y la alegría.

Antisalmó

Maya-María Russu († 1989)

Ahora debo hacer mi oración
Para agradecerte Señor
porque
en este momento torturan a mi hermano
y no a mí
Porque hace poco
mataron al hijo de mi amigo
y no al mío.
Porque otro tiene hambre
y no yo.
Debo agradecerte Dios mío
porque estoy bien
Y el mundo arde en mi torno
y mi prójimo se debate
y el preso aúlla más allá de mí
Yo tengo por amparo mi cobardía,
y aquí humildemente Te lavo los pies
plena de devoción
Debo agradecerte Señor
¿No debo?

Debo alabarte Señor
que todo lo has hecho con sabiduría
Que nos dejaste perros salvajes sueltos
sobre la tierra
para que rodeáramos el ciervo manso
agotado
por la búsqueda vana
Que nos dejas engendrar
a nuestros semejantes
Para que no se pierda la simiente del salvajismo
y su continuidad
Que nos dejas en los siglos
multiplicarnos horribles
Nutridos por nuestra misma

abominable substancia—

Debo alabarte Señor

¿No debo?

Debo agradecerte

porque en el hueso de mi cabeza

pusiste estiércol

Porque creaste mi sed

de sangre

y mi hambre de carne

Porque mi mano es puñal

y mi voluntad hedor y suciedad

Te agradezco por esta providencia

Cómo podría de otro modo soportar

el mundo este

en que Tú me pusiste a vivir.

(Traducción: M. Castillo Didier)